



## LA CONFESIÓN

---

CUANDO el capitán Héctor María de Fontesme se casó con Laurina de Stella, los parientes y amigos creyeron que sería una mala boda.

Laurina, preciosa, espigada, rubia, débil y viva, tuvo desde los doce años el aplomo de una mujer de treinta. Era una de esas precoces parisienses que al nacer conocen por intuición toda la ciencia de la vida, con todos los engaños femeniles, con todas las audacias del pensamiento, con esa insondable astucia y esa facilidad de comprensión características de ciertas personas que parecen predestinadas á la burla y al engaño, aunque muchas veces no suceda tal cosa. Cuanto hacen se juzga premeditado; se considera calculada siempre su conducta y sus frases cuidadosamente premeditadas; su vida toda parece un papel de comedia bien estudiado.

Era encantadora; muy risueña; reía sin poder



contenerse ni calmarse cuando consideraba una cosa divertida ó chusca. Reía imprudentemente á las narices de todo el mundo, pero con tanta gracia, que nadie se incomodaba jamás.

Era rica, muy rica. Un clérigo sirvió de intermediario para que se casara con el capitán de Fontesme. Educado éste con la mayor austeridad en un colegio de frailes, había llevado al regimiento las costumbres del claustro, principios muy rígidos y de absoluta intolerancia.

Fontesme asemejábase á uno de esos hombres que llegan indefectiblemente con el tiempo á santos ó á nihilistas, en cuyos cerebros ciertas ideas ejercen un poder absoluto, cuyas creencias son inflexibles y cuyas resoluciones son inquebrantables.

Era un guapo mozo, moreno, formal, cándido y de alma sencilla, de no muchos alcances y obstinado; uno de esos hombres que viven años y años y mueren sin haber conocido más que lo exterior de la vida, sin adivinar nada, sin sospechar nada, y que no admiten que se piense, que se juzgue, que se crea ó que se obre de manera distinta de como ellos lo hacen.

Laurina le vió, le comprendió en seguida y le aceptó para marido. Hicieron un excelente matrimonio. Ella supo mostrarse tal como debía ser,

siempre dispuesta para las obras piadosas y para las diversiones, asidua en la iglesia y en el teatro, social y rígida, y cuando hablaba con su grave marido, se notaba en sus frases una ligera ironía y en



sus ojos un brillo especial. Le contaba sus empresas caritativas, sus conversaciones con los curas de la parroquia; y aprovechando la ocasión de tan piadosos empleos, estaba siempre fuera de casa.

Algunas veces, mientras refería un acto de caridad, con movimiento brusco, nervioso, irresistible,



de pronto reía sin poder contenerse. El capitán quedaba sorprendido, inquieto, y al verla ya tranquila, preguntaba:

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada, nada— respondía ella—; he recordado de pronto una cosa que tiene mucha gracia. Verás. Y contaba una historia cualquiera.

Pero, en el año de 1883, el capitán Héctor de Fontesme tuvo que acudir á las maniobras del Cuerpo de Ejército á que pertenecía.

Una noche que acampaban cerca de una ciudad, al décimo día de marchas y contramarchas al sol, y de dormir en la tienda de campaña, de fatigarse y de sufrir privaciones, los camaradas del capitán resolvieron comer espléndidamente.

Desde luego Héctor Fontesme se negó á tomar parte en la fiesta, pero viendo que su negativa extrañaba, se adhirió á los demás.

Su vecino de mesa, el comandante Favré, hablándole de operaciones militares, único asunto que interesaba al capitán, le servía vino con frecuencia.

Había hecho un día muy caluroso, muy pesado, y el capitán bebía sin reparar que poco á poco se alegraba, que iban despertando en él deseos desconocidos, incomprensibles atrevimientos.

A los postres ya estaba borracho. Hablaba, reía,



se agitaba, dominado por una borrachera tumultuosa, la más común entre hombres ordinariamente prudentes y tranquilos.

Decidieron ir al teatro y él fué con sus camaradas, uno de los cuales reconoció á una actriz de quien había sido amante; y organizaron una cena para invitar al personal femenino de la compañía.

El capitán despertó á la mañana siguiente en una



alcoba desconocida y en brazos de una rubia, que le dijo viéndole abrir los ojos:

—Buenos días, amigo.

Al principio no comprendió lo que le pasaba; luego, poco á poco, fué hilvanando memorias de lo sucedido.

Se levantó sin decir ni una palabra, vistióse y dejó sobre la chimenea todo el dinero de su portamonedas.

Se avergonzó de sí mismo al verse de uniforme allí, en una pobre alcoba sucia é indecente, al bajar la escalera cruzándose con los vecinos, al pasar por delante del portero, y, sobre todo, al salir á la calle y exponerse á las curiosas miradas de los transeuntes.

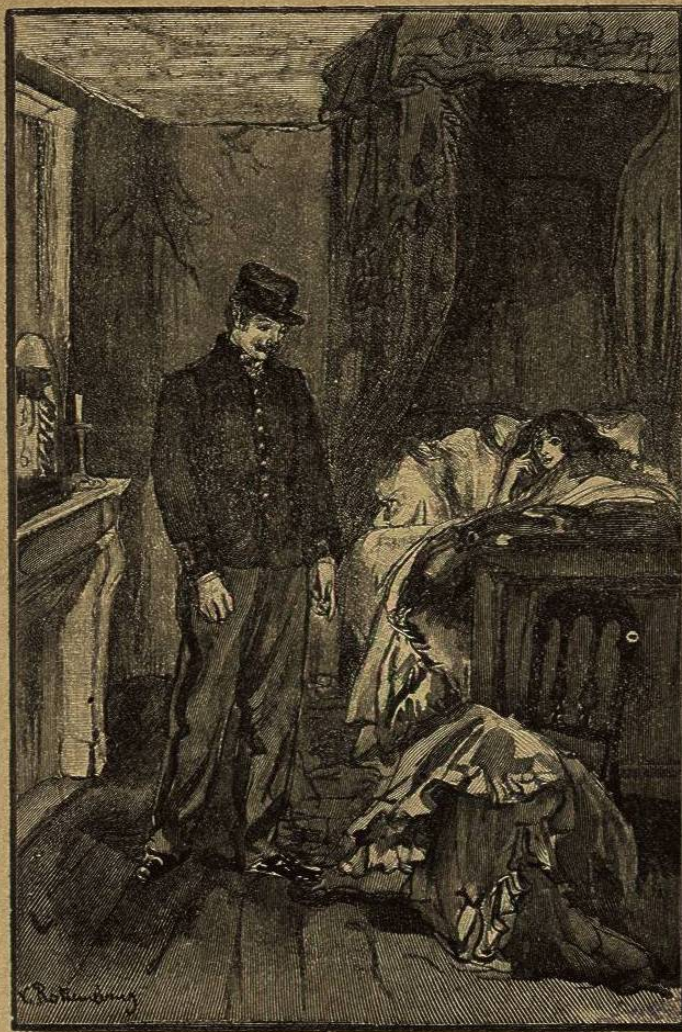
La rubia le decía:

—¿Pero qué te sucede? ¿Te has vuelto mudo? Bien charlabas ayer. ¿Por qué te has enfadado?

El capitán la saludó ceremoniosamente, y como quien huye, volvió á su domicilio temiendo que se le conociera en la cara y hasta en los modales, que había pasado tan vergonzosamente aquella noche.

Le atenazó el remordimiento, un remordimiento perturbador de hombre rígido y escrupuloso.

Confesó y comulgó; pero ni aun así estaba tranquilo, porque le perseguía su decepción y algo se-





mejante al sentimiento de una deuda, una deuda sagrada que hubiera contraído con su mujer, á la cual sólo vió pasados muchos días, porque se había ido á casa de sus padres cuando él se fué á las maniobras.

Laurina volvió con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios. El capitán la recibió encogido como un culpable, y hasta la noche apenas habló con ella.

En cuanto se hallaron solos, la mujer le preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Nada, no me sucede nada.

—Sí, te conozco muy bien; tienes alguna preocupación, algún disgusto.

—Sí; tengo una preocupación.

—¿Qué será ello?

—No sabría cómo decírtelo.

—Acabarás intranquilizándome.

Laurina fué á sentarse mientras él paseaba desde un extremo á otro, evitando las miradas de su mujer, y ésta prosiguió:

—Es necesario que yo te confiese; tengo derecho á saber la verdad, y es un deber en mí enterarme de lo que te preocupa. No puede haber secretos entre los dos.

Sin atreverse á mirarle de frente y acercándose á la ventana, el capitán dijo:

—Hay cosas de las que no se debe hablar. Lo que ahora me preocupa, más vale callarlo.

Laurina se levantó, acercándose á él, y cogiéndole de un brazo, le obligó á mostrar la cara; luego le puso las manos en los hombros, y sonriente, atractiva, mirándole con fijeza, murmuró:

—Tú no debes ocultarme nada. Si continúa tu silencio, pensaré que hiciste algo muy punible.

—Sí, algo muy punible.

Y ella exclamó con alegría:

—¿Mucho? ¿Mucho? Ahora tengo más ganas de saberlo.

—Es inútil insistir; no te diré ni una palabra más.

Laurina, empujándole hasta un sillón, le hizo sentarse, y cayendo encima de sus rodillas, le besó rápidamente, murmurando:

—Si no me lo dices, reñiremos.

Angustioso y abrumado por el remordimiento, el capitán balbuceó:

—Si te lo dijera, no me lo perdonarías jamás.

—Al contrario, te perdonaría inmediatamente.

—No es posible.

—Te lo prometo.

—Yo repito que no es posible.



- Te juro que te perdono.  
 —No jures, Laurina, sin saber lo que juras.  
 —Eres inocente. Y te llamo inocente por no llama-



—marte bobo. Negándote á decirme lo que has hecho, me das motivo para suponer verdaderas abominaciones que me preocuparán siempre; y tu silencio te hará más odioso que tu confesión; mientras que si hablastes francamente, mañana ya no me acordaría.

—Es que...

—Pero ¿qué?

Ruborizándose hasta las orejas el capitán, dijo lentamente:

—Me confieso contigo como con un sacerdote, Laurina.

La mujer sonrió con la sonrisa un poco burlona que se dibujaba en sus labios al oírle hablar tan serio, y dijo:

—Soy toda oídos.

—Ya conoces mi sobriedad; no bebo más que un poco de vino en el agua, sin probar nunca licores; ya lo sabes.

—Ya lo sé.

—Pues bien; figúrate que al terminar las maniobras, dejándome seducir por los compañeros, una noche bebí; me hallaba tan alterado, tan fatigado, tan aburrido...

—¿Y os emborrachásteis?

—No te lo niego.

—Es una cosa fea. ¡Emborracharse un hombre como tú!...

Y añadió con tono severo:

—¿Completamente borracho?

—Completamente, no. Perdí la conciencia, pero no perdí el equilibrio. Hablé, reí... Estuve loco.

El capitán callaba y ella preguntó:

—¿No hiciste otra cosa, que hablar y reír descompasadamente?

—¡Si no hiciera otra cosa!

—¿Qué hiciste?

—Una infamia.

Laurina le miró con inquietud, preocupándose ya, conmovida tal vez.

—Dime lo que hiciste.



—Habíamos cenado con... unas mujeres... No sé cómo fué... Laurina... pero...

Al comprender lo que había hecho su marido, brilló en los ojos de Laurina una expresión alegre, irresistible.

—¿Tú me... me... me... has engañado?

Y una risita seca, nerviosa, rebosaba en sus labios ahogando sus palabras.

Quiso emplear un tono grave, pero no la fué posible; la risa palpitando en su garganta, pugnaba por salir. Tapándose con una mano la boca, intentaba calmarse; pero la risa, escapando entre sus dedos, la sacudía, la vencía, bien á su pesar.

—¿Me... me... me has engañado? ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!...

Y riendo estrepitosamente, le miraba con expresión burlona, dejando al capitán asombrado, hecho una pieza.

Reía, reía, como si padeciera un ataque de nervios. Suspiros agudos y entrecortados le salían del pecho á la boca, y sujetábase la cintura, porque sus accesos de risa lastimaban como accesos de tos.

Cada esfuerzo que hacía para calmarse, daba lugar á una nueva carcajada, y cuando se contenía para decir algo, en vez de hablar, reía más fuerte.

—Me... me... me... ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!...



El capitán, muy serio, se levantó, dejándola sentada; y de pie, frente á ella, pálido y descompuesto, dijo:

—Laurina, me parece que vas estando inconveniente.

Ella balbuceó con dificultad, sin dejar de reir.

—Qué... quieres... yo... no... quisiera... Tiene... mucha... gracia... eso... ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!...

Lívido y con los ojos clavados en ella, el capi-